

Finalmente, L. Brisson distingue entre un uso primero y un uso derivado del vocablo *mûthos* (pp. 160-167), distinción que, según Brisson, rechaza M. Detienne. Éste piensa que el «mito» hace referencia a objetos tan heterogéneos que pierde toda existencia propia. El mito no existe, se diluye en la mitología. Según Brisson, M. Detienne pertenece a una corriente cultural a la moda, que algunos han calificado de «inexistencialismo». El mito deja de ser un género literario. En palabras de Brisson «la argumentación de M. Detienne se funda, en último análisis, sobre esta negación: el mito no es un relato... Marcel Detienne invoca ante todo a Platón en apoyo de su tesis. Pero Platón asimila el mito a un relato cada vez que hace un uso primero del vocablo *mûthos*» (p. 169).

Luc Brisson, en suma, achaca a Marcel Detienne la búsqueda de un significado unívoco a la palabra *mythos*, significado que no existe, teniendo en cuenta, además, que su alcance no es universal. El vocablo *mythos* hace referencia a un objeto cultural específico de la antigua Grecia. Pero todo ello no condena el mito a una disolución.

PEDRO AMORÓS

**G.J. Whitrow, *El tiempo en la Historia*. Ed. Crítica/Historia y Teoría. 261 pp., 1 gráfico, 8 ilustraciones. Barcelona 1990. ISBN: 84-7423-472-7.**

El libro que nos ocupa, puede considerarse único en muchos sentidos, y esto es debido al propio autor G.J. Whitrow, una de las máximas autoridades en el estudio científico del tiempo.

Whitrow se ocupa, en gran medida y con profundos conocimientos sobre el tema, del desarrollo de los métodos para medir el tiempo, no quedándole más remedio que introducirse de lleno en el campo de la historia de la ciencia y de la técnica.

Pero para acceder al estudio de los métodos de medición del tiempo a lo largo de toda la historia, es preciso conocer el concepto tiempo desde la perspectiva de cada civilización y cultura desde época prehistórica, hasta nuestros días (época moderna). Como bien dice el autor en su prefacio a la obra, su libro difiere de los escritos sobre el mismo tema, en que estos «han sido escritos desde el punto de vista de una historia general de las ideas, mientras que yo me he centrado en los avances de la cronología y la cronometría, y sus consecuencias sociales e ideológicas», y para ello ha sabido hacer cuenta de una bibliografía bien utilizada, tanto historiográfica como científica.

Comenzando por rituales de caza, estudios astronómicos, filosofía en el más puro sentido de la palabra, fiestas religiosas, y un sinnúmero de acontecimientos tanto culturales, sociales y científicos, que desembocarán en la etapa crucial del desarrollo técnico con la invención del reloj mecánico en Europa Occidental en el siglo XIII.

Whitrow ha considerado dividir el libro, en tres partes que bien pueden designarse como una sucesión histórica, dedicando la primera de ellas a la conciencia de tiempo y su descripción, mientras que las dos siguientes, las dedica a la Antigüedad y Edad Media, para finalizar con el tiempo en el mundo moderno.

En la primera parte el autor nos introduce en un tratamiento de la concepción de tiempo, que resulta algo científico y filosófico; de nuestra intuición interna de tiempo (lo que nos diferencia de

los animales) que aparece en el momento en el que nacemos, y se va desarrollando a lo largo de nuestra niñez. Pero desarrollando esta idea, y a través del estudio de diferentes pueblos y culturas, Whitrow llega a la conclusión de que «No existe una única intuición del tiempo, común a toda la humanidad», sino que se ha considerado de muy diversas formas.

La segunda parte es muy extensa, pues hace un recorrido de la concepción y metodología del tiempo desde los albores de la Historia, hasta la Edad Media pasando, claro está, por toda la Antigüedad Clásica. Así pues, en la Prehistoria, el hombre tenía conciencia del tiempo con sentido de pasado, presente y futuro, como bien demuestran las representaciones pictóricas en cuevas y paredes de hechos tales como, el matar a un animal, como un deseo de que sucederá en algún momento del futuro.

De diferente modo, los egipcios consideraban el mundo como algo estático, inamovible, con la consiguiente repercusión de que, sólo existe el presente, no el futuro, ni el pasado; no tenían un «sentido continuo del tiempo». Pero aún con todos estos contrastes, a los egipcios debemos el primer calendario, que en palabras de Otto Neugebauer<sup>1</sup> es el «único calendario inteligente que ha existido en la historia de la humanidad», tomando como foco de observación, la inundación del Nilo a Heliópolis, eje central sobre el que giraba toda la vida egipcia.

Babilonia y Summer, fueron civilizaciones que relacionaban todo acontecimiento terrestre, a sucesos cósmicos, y es esto la causa de, aún teniendo conciencia de acontecimientos pasados (realizaron listas cronológicas de los reyes), de una historia no pudieran albergar la idea del progreso histórico. También crearon un calendario, en este caso lunar, y es a los babilonios, a quién les debemos nuestra semana de siete días.

Siguiendo la sucesión histórica, en la Antigua Persia, es de importante mención, la invención de la astrología zodiacal (s. V a.C.), pero sobre todo, el origen de una nueva religión llamada Zoroastrismo, (Zaratustra) que llevaba en su doctrina una interpretación teológica del tiempo.

En la Grecia Clásica se llega a una amplia y complicada interpretación del tiempo y su significado; fue la creadora de la Filosofía que ha llegado a nuestros días, y por tanto vio nacer a grandes pensadores y filósofos tales como Parménides, Heráclito, Pitágoras, Platón, Aristóteles...; así pues, cada cual en sus razonamientos hizo una exposición diferente de la definición de tiempo: para Pitágoras, el tiempo era el alma del Universo; para Parménides, no puede pertenecer a nada real; para Platón el tiempo no existe por sí mismo, sino que es una característica del Universo; Aristóteles fue consciente de que mientras que el movimiento puede cesar, el tiempo no.

Los griegos utilizaban como elementos de medición del tiempo, los relojes solares (*gnomon*) y los relojes de agua (*clepsidra*). Lo que queda claro, es que la civilización griega no sólo originó la filosofía, sino también los primeros historiadores verdaderos (s. V a.C.).

Los Hebreos que fueron influidos por los sumerios y babilonios de tal modo, que su calendario se basaba en la Luna.

Los historiadores romanos al contrario que los griegos, sí cumplieron con su cometido de revisar todo el pasado de su país; para ellos sí existió un pasado, origen de lo que, en el presente se estaba viviendo. Pero mientras que a los hebreos les debemos nuestra actual orientación del tiempo, a los romanos les debemos la forma del calendario: César, basió el calendario en el sol y fijó el año verdadero en 365 días y un cuarto al introducir el año bisiesto de 366 días cada cuatro años, el año civil constaba de 365 días. Y el año 525 Dionisio Exiguo, un monje escita originó la secuencia d.c. que hoy conocemos.

1 O. NEUGEBAUER, *The Exact Sciences in Antiquity*, Brown University Press, Providence, RI, 1957, p. 81.

Por la contra, para los Cristianos primitivos los aspectos dominantes del tiempo no era ni el pasado ni el presente, sino que dirigió sus miras hacia el futuro, con lo que según el filósofo Erich Frank<sup>2</sup>, «con el cristianismo... el hombre adquirió una nueva comprensión del tiempo», para los que el tiempo había empezado con la Creación y acabaría con la segunda venida de Cristo. Pero la técnica no avanza y sigue utilizándose como medio de medición sigue utilizándose los relojes solares y de agua, como en la Grecia Clásica.

Los hombres de la Edad Media, presentaban especial interés a la astronomía, porque ofrecía los mejores medios de conocimiento y de control de los acontecimientos terrestres. El mundo del medioevo estuvo muy condicionado por la sociedad feudal, y sobre todo por la Iglesia, quien hasta el s. XIV, fue la única en la medida y división del tiempo. Pero ante todas estas revelaciones, John Nef en sus Wiles Lectures de 1956, concluye que «*e origen de la mentalidad cuantitativa actual no llegará hasta las últimas décadas del s. XVI*».

En la tercera parte, tras este recorrido histórico, Whitrow comienza con el tiempo en el mundo contemporáneo que comporta el desarrollo científico y técnico, cuya máxima será la creación del *reloj mecánico*, cuyo origen aunque continua siendo un misterio, se establece en los últimos años del s. XVIII (1280-1300). El invento crucial que hizo crucial el reloj mecánico fue el escape de eje volante, aunque no se sabe quién fue su creador; su influencia más sobresaliente sobre el mundo moderno fue que la mayor parte de Europa Occidental, adoptó la hora uniforme de 60 minutos.

Para Whitrow, la aparición del reloj mecánico tuvo una fuerte influencia social que ha repercutido en toda ideología moderna, así como en los conceptos de *desarrollo* y *progreso* que llegan hasta nosotros.

ANTONIA MARÍA LEGIDOS MARTÍNEZ

### **María Eugenia Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Edición ampliada y puesta al día. Crítica/Arqueología, 371 pp., 106 figs. y 2 cuadros. Barcelona 1994.**

Con esta nueva edición, M. Eugenia Aubet, Catedrática de Prehistoria de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, intenta revitalizar la primera publicación de «Tiro y...» de 1987, a través de «la perspectiva que dan los años» y ante «la vigencia limitada de las síntesis histórico-arqueológicas, especialmente en el caso de la arqueología fenicia», en palabras de la propia autora.

La profesora Aubet deja clara la función del libro en las páginas de la Introducción: «aportar al lector y al estudioso interesado en la cuestión fenicia una síntesis del estado actual de la investigación y el planteamiento de nuevas hipótesis sobre los fenicios y su empresa colonial en Occidente», si bien reconoce tener que salvar tres grandes problemas: en primer lugar, uno de carácter técnico, como es la escasa y confusa bibliografía existente sobre el tema; en segundo lugar, la dificultad metodológica de aunar los logros de la arqueología y de la historiografía clásica; y, por fin, el inevitable subjetivismo que ofrece el estudio de los fenicios.

2 E. FRANK, *Philosophical Understanding and Religious Truth*, Oxford University Press, New York, 1945, p. 68.